

Tenian por enemigos los Cabezas Chatas á los Piés Negros y á los Ranaces, habiendo sido hasta entonces siempre vencidos y saqueados sus territorios sin combatir. Al dotarles el Cristianismo de una familia, de un templo y de un patrimonio, les reveló tambien la necesidad de la defensa y la bravura que hace despreciar todos los peligros. Desde entonces estuvieron en guardia contra las invasiones, pudiendo el P. Smet aprovechar la tregua para visitar á los Stict-Shoi ó Corazones de Lesna, los Spokanes, los Shuyelpi, los Okanankanes, la tribu de los Cuervos y la de los Serpientes, siendo en todas partes el *ropa negra* aguardado con impaciencia y acogido como un bienhechor. Al verle los salvajes tan paciente y afable, pedíanle les enseñara la oracion que le inspiraba tantas virtudes. Habia en el país una inmensa montaña de piedra que dominaba toda la comarca, á la que dieron los salvajes, en agradecimiento á las lecciones que habian recibido, el nombre de Leeyou-Pedro (el P. Pedro) á fin de eternizar en el país el recuerdo del Jesuita. Hé aquí lo que escribia al regresar á San Luis el P. Smet despues de aquellas maravillosas excursiones en 3 de noviembre de 1842:

«Solo debo añadir algunas palabras á lo anteriormente dicho. «Desde mi última carta, he bautizado á unos cincuenta niños, los «mas de ellos en los fuertes. El agua del rio estaba muy baja, los «bancos de arena y las estacas detenian á cada instante el barqui- «chuelo que no pocas veces estuvo próximo á encallar; y las pun- «tas de las rocas ocultas bajo el agua habian hecho en su quilla «diferentes aberturas; las innumerables estacas que debíamos saltar «á cada instante habian roto las adujas y las maderas que las cu- «brian; habia derribado el furor del viento el asiento del piloto, al «que habria arrojado al rio á no haberse tenido la precaucion de «atarle con gruesos cables; finalmente el buque presentaba el as- «pecto de un esqueleto, cuando despues de cuarenta y seis dias de «penosos trabajos mas bien que de navegacion, llegué sin acciden- «te á San Luis. El último domingo de octubre á mediodía, estaba ya «en la catedral arrodillado al pié del altar de la Virgen, dando gra- «cias al Todopoderoso por la proteccion que habia dispensado á su «pobre é indigno ministro.

«Desde principios de abril de este año, he recorrido cinco mil mi- «llas; he bajado y subido diferentes veces por el rio Columbia, he «visto perecer á cinco de mis compañeros durante mis excursiones «por este rio, he cruzado todas las riberas del Wallameto y del Ore-

gon, reconocido diferentes cordilleras de las montañas Rocosas, he «atravesado por segunda vez el desierto de la Roca Amarilla en toda «su extension, he bajado por el Misuri hasta San Luis; y en toda «esta larga travesía no me ha faltado cosa alguna ni he recibido si- «quiera el menor rasguño... *Dominus memor fuit nostri et benedixit «nobis.*»

Solo despues de tantas fatigas, que era necesaria una voluntad de hierro para soportarlas, y de haber recibido algunas veces con gozo los socorros de los ingleses que forman parte de la rica Compañía de la bahía de Hudson, pudieron los Jesuitas obrar tantos prodigios. Abiertas quedaban ya al Evangelio las montañas Rocosas, desde el dia en que fueron trepadas por Pedro Smet y Nicolás Point, por haber estos abierto el camino á los demás discípulos de Loyola que quisieron á su vez penetrar tambien con la antorcha de la fe y de la civilizacion hasta el seno de aquellos pueblos. Los PP. Vos, Hoocker, Soderini, Zerbinatti, Josat, Accolti, Vercruysse, Varalli y Nobili fueron los que se dedicaron á terminar la obra empezada por Smet y Point, y que arrojaron todos los peligros y fatigas para dar cima á aquella idea de verdadera civilizacion. Merced á ellos, aquellos vastos desiertos que se extienden entre los Estados-Unidos y el mar Pacífico al Norte de la California, forman ahora una diócesis del Oregon, de la que es pastor Mr. Blanchet, obispo de Drasa.

En el momento en que los Jesuitas predicaban la fe á aquellas tribus indias, un acontecimiento extraordinario aumentaba su popularidad en la América protestante. Era el 4 de julio un gran dia para los ciudadanos de los Estados-Unidos, por ser el aniversario de la independencia de la patria proclamada por el congreso reunido en Filadelfia el año 1776, época en que sacudió para siempre la Union el ominoso yugo de la Inglaterra. Por esto se confunden en esta fiesta el ejército y el pueblo; todos toman igual parte en ella, porque todos disfrutaban igualmente del beneficio de la libertad. En 4 de julio de 1843 fue invitado el P. Larkin por el estado mayor del ejército de la Union á pronunciar el discurso conmemorativo en el campo mismo de Luisville, lo que era para el Jesuita un honor y un encargo de difícil desempeño. Contaba Larkin entre sus oyentes á los ministros anglicanos, á los oficiales de mar y tierra, las autoridades y una muchedumbre inmensa, ante la cual debia ser á la vez orador, demócrata y sacerdote católico, americano y miembro de la Sociedad de Jesús. Y sin embargo no faltó Larkin á ninguno de todos

estos títulos. Ostentaban los ciudadanos y los funcionarios de la Union sus banderas y sus brillantes uniformes; cuando apareció el Jesuita en medio de aquella apiñada multitud con su traje sacerdotal, grande debió ser el efecto que produjo su palabra, cuando el diario protestante del país *The Advertiser* correspondiente al 7 de julio se expresa de este modo:

«Oimos en la tarde del domingo un discurso pronunciado por el R. P. Larkin ante una numerosa asamblea compuesta de ciudadanos y militares. No habria podido elegir el orador un tema mas propio, ni llenar de un modo mas feliz el cargo verdaderamente difícil que le habia sido impuesto. La profunda erudicion y el estilo correcto de este ilustre Jesuita revistieron el monótono asunto de nuestra regeneracion nacional de formas tan nuevas y brillantes que fueron enteramente deslumbradoras para su auditorio, uniendo á la solemne explicacion de la historia una dignidad y un calor que subyugaron todos los corazones, y colmaron de placer y admiración á sus numerosos oyentes.»

«Visto de lejos en medio de aquel santuario campestre, descollaba el Jesuita por su majestuosa talla y por hallarse de pié sobre una plataforma, bajo las espesas ramas de una robusta encina; contrastaban admirablemente sus vestidos sacerdotales con los brillantes uniformes; su semblante animado y su gesto rápido llamando la atencion del soldado inmóvil y del cristiano respetuoso, reanimaron los casi apagados recuerdos de las escenas maravillosas de la edad media, transportándonos en alas del pensamiento á aquellos tiempos caballerescos en que un ministro de la Iglesia romana se dirigia á las legiones cristianas que cubiertas de hierro iban á combatir contra el infiel para conquistar el Santo Sepulcro.»

En pocos años supieron los Jesuitas en medio de un pueblo libre y protestante recobrar su antigua influencia, siéndoles en él aun permitido sacrificarse y morir por la salvacion de sus hermanos. En 1837 el franciscano Benito Fernandez, vicario apostólico de la Jamaica, ofreció á los Jesuitas fecundizar aquel suelo en el que tan perseguidos se habian visto en otro tiempo por el Anglicanismo, y en el que tan nuevas pruebas les estaban aun reservadas: visto lo cual recibieron los PP. Peyron y Cotham orden de hacerse inmediatamente á la vela. No podian ser mas críticas las circunstancias: excitábase á los negros á la rebelion, so pretexto de hacerles libres. Nada les ha dispuesto para aquel cambio de condicion del que pue-

den abusar fácilmente, sobre todo cuando les instan á ello apóstoles de todas las sectas que procuran dar á su pereza natural una consagracion bíblica, enseñándoles ya de antemano el principio emancipador. Los Jesuitas no se preguntan, como el conde de Maistre, si son ó no los negros dignos del beneficio de la educacion; no dicen como el elocuente publicista¹: «La inmensa caridad del sacerdocio católico al hablar de esos hombres hace que sean sus deseos una verdadera ilusion... Imposible es fijar ni un momento la vista en el salvaje sin leer el anatema que lleva escrito no solamente en su alma si que tambien en la forma exterior de su cuerpo, de lo que debe deducirse que está visiblemente sacrificado, y herido en las mas recónditas profundidades de su esencia moral.» Esta cuestion terrible originada por el conde de Maistre y vivamente combatida por los filántropos, no preocupa en lo mas mínimo á los hijos de Loyola. Libres ó esclavos, que sean ó no sus naturalezas incapaces de desarrollar las facultades del espíritu, ú hombres que encorvados bajo el peso de la esclavitud conservan solamente una inteligencia aletargada, solo serán los negros considerados por los Jesuitas como cristianos, como hermanos. Bastábales saber que podian recibir los negros las impresiones del Cristianismo, para que emprendiesen los Jesuitas su mision, para que trataran de hacerles extensivos los beneficios del Catolicismo. Su presencia fue un estímulo para el Clero; recorrieron la isla precediendo siempre su ejemplo á sus palabras.

Fernando VII, que era aun dueño de Méjico, restableció la Compañía de Jesús. El Gabinete de Madrid, que no ignoraba la irritacion de las colonias españolas ni que estaban dispuestas á sublevarse, esperó que los Padres del Instituto tan deseados en el Nuevo Mundo podrian conjurar la tormenta de que se veia la Metrópoli amenazada. La América del Sud, empero, no aguardó el efecto que podia resultar del paso dado por el Gobierno español; sino que en 1817 proclamó su independencia, y entre las acusaciones que dirigian aquellas colonias á la corte de España, habia la de «habernos arbitrariamente (tal es el texto mismo de los cargos que la historia cita) privado de los Jesuitas, á quienes debemos nuestro estado social, la civilizacion, todos nuestros conocimientos, y otros inmensos servicios de que no podemos prescindir.» De este modo aun despues de haber transcurrido medio siglo no podia la

¹ *Veladas de San Petersburgo*, tomo I, pág. 99 y 101.

América del Sud perdonar á España el haberla privado de sus misioneros que habian formado sus pasadas generaciones, y se escudaba con la injusticia hecha á los Jesuitas para romper los lazos que unian la Metrópoli á la colonia. De muy distinto modo se arreglaron las cosas en Méjico; hallábanse allí algunos antiguos Padres para emprender la reconstitucion de la Orden: tales eran José Castañiza, Pedro Canton, Antonio Barroso é Ignacio Plaza, los cuales sin descanso emprendieron aquella obra de regeneracion. Pronto no obstante sucumbieron todos al peso de sus fatigas, excepto Canton que quedó solo para llevar á cabo aquella generosa empresa por todos concebida; sin embargo, léjos de desalentarse, continuó con la mayor decision hasta llegar al objeto que se proponia. El colegio de San Ildefonso fue restablecido, y en él se fundó un noviciado en 1819: dirigidos los Jesuitas por el P. Francisco Mendizabal, se adelantaron hácia Durango, donde no cesaba el Obispo de reclamar su asistencia. Por otra parte se dirigia el P. Lerdo hácia la Puebla de los Angeles, do le aguardaban las aclamaciones y los cantos de reconocimiento que á su llegada le dirigia el pueblo. De este modo se veia respetada la Compañía en aquellas regiones como en los tiempos de su mayor pujanza, é iba ya á emprender de nuevo sus proyectos interrumpidos, y á dar curso á sus santas misiones, cuando en 21 de enero de 1821 fue promulgado en Méjico el decreto de supresion votado por las Cortes. Desde entonces dejó la Compañía de existir legalmente, pues se dispersaron todos sus individuos sin poderse ocupar en el bien mas que aisladamente. En medio de las revoluciones de que fue teatro aquel país, se constriñeron unos al ejercicio del ministerio sacerdotal, al paso que otros, tales como los Padres Marquez y Arillaga honraron su patria con sus obras literarias ó de Religion: Basilio Arillaga sobre todo supo crearse una posicion política con la actividad de su espíritu, la extension de sus conocimientos y el vigor de su estilo. Jesuita siempre y en todas partes, se vió sin embargo obligado á sentarse durante dos legislaturas en el Senado de la República mejicana. Defendió las inmunidades de la Iglesia tantas veces atacadas en el Congreso; rechazó con energía los ultrajes con que algunos escritores pretendieron denigrar á la Sociedad de Jesús, siendo tal vez debido á los luminosos escritos de Arillaga el restablecimiento parcial de la Orden en aquel país. El 21 de junio de 1843 llamó el general Santa Ana á los Jesuitas á Méjico, y abrió á sus misioneros las Californias, la Sonora, Cina-

loa, Chiguagua, Durango, y otras posesiones, «á fin de que se dedicaran exclusivamente á civilizar las tribus consideradas como «bárbaras, porque así, dice el decreto, ponemos la integridad de «nuestro territorio en mucha mayor seguridad.»

En medio de las revoluciones que libertaban ó desolaban al Nuevo Mundo y la antigua Grecia, revoluciones que de todos los confines de la tierra parecen darse la mano para lograr regeneraciones que nunca podrá la sola fuerza humana asegurar, no tomaron los Jesuitas ninguna parte en aquellos tumultos causados por la independencia. República ó monarquía, colonia ó Estado libre, todas las formas de Gobierno les son indiferentes, con tal que con ellas prosperen la fe católica y las buenas costumbres; por no pertenecerles á ellos lanzarse á los sangrientos conflictos, ni abrazar el partido de los unos en perjuicio de los demás: deben tan solo permanecer neutrales ínterin no vean la Religion en peligro. No tiene su apostolado otra enseña que la cruz; triunfe esta asegurando la felicidad de los pueblos, y la ambicion de los misioneros quedará satisfecha. Tal es su objeto en los Estados-Unidos y en Méjico, en las islãs del Archipiélago griego, en Albania y en Siria, y este es tambien el ardiente voto que hacen oír en todas partes por mas que giman bajo el peso de la opresion y la miseria. Hay católicos desamparados en estas últimas regiones; por esto debe tener la Sociedad de Jesús inevitablemente en ellas sus representantes: los discípulos de san Ignacio fueron enviados ya allí desde 1805 para sostener la fe entre los helenos; Domingo Venturi y Fernando Motté aceptaron con gusto aquel patrimonio de dolor y sufrimiento que les fue ofrecido.

Largos años transcurrieron sin que pudieran hacerse cambios notables en aquella tristísima situacion. En vano el rey Othon alentó la abnegacion de los Padres al visitarles; puesto que su proteccion no pudo evitar los sufrimientos y privaciones que pesaban sobre ellos, segun se desprende de la siguiente carta que escribió el Padre Franco desde Syra al Padre Guideo en 4 de febrero de 1837: «Solo á la extrema pobreza de nuestras misiones debe la Compañía «la ventaja de poseerlas todavía; porque han sido tan indigentes no «han querido los demás misioneros aceptarla desde la supresion del «Instituto. No tenemos en el Archipiélago mas que dos residencias, «una en la isla de Tenos, y otra en Syra. En este último punto fue «donde en 1778 supo uno de nuestros misioneros al empezar la mi- «sa, que un buque francés acababa de naufragar en aquel mismo

«instante cási á la entrada del puerto. Luego se volvió hácia el pueblo «diciéndoles : Amigos míos, hé aquí á algunos de nuestros hermanos franceses que se hallan en el mayor peligro : id, volad á su socorro ; es la obra que podeis hacer mas grata á Dios en esta gran «festividad.» En aquel mismo instante quedó la iglesia enteramente «desierta : hombres y mujeres, grandes y pequeños, todos se dirigieron corriendo hácia el mar, se lanzaron al agua, de la que sacaron á treinta y cuatro personas, dando luego sepultura á los «náufragos que habian perecido.

«Son tan pobres nuestras dos residencias, que con sus rentas «anuales y las limosnas de nuestras misas podemos apenas procurarnos el alimento y los vestidos de primera necesidad. Por esto «nuestro reverendísimo Padre General nos envia de vez en cuando «algunos socorros pecuniarios. Además de nuestra pobreza personal, tenemos la residencia de Tine que no es mas que una anti- «quísima casucha enteramente inhabitable, tanto porque amenaza «ruina y puede aplastarnos de un momento á otro, como por estar «edificada en una eminencia y estar por lo mismo expuesta al furor «de los vientos y á las malsanas nieblas que no se desvanecen cási «nunca. Lo que es aun mas pesado es que es muy distante de toda «habitacion ; así, pues, nos veremos obligados á trasladarnos á otro «punto que sea mas sano para nosotros y mas ventajoso para el bien «espiritual del prójimo, por lo que nos es preciso recurrir á V. R. «y suplicarle nos ayude con todo su poder y caritativo celo á edifi- «car una nueva morada.

«Somos entre todos siete jesuitas, cinco Padres y dos hermanos «coadjutores. Los Padres de la residencia de Syra están de profesores en el seminario fundado el año último por Mons. Luis Blanci, «legado apostólico ; el P. Henry enseña en él filosofía, teología «dogmática y moral ; teniendo además el cargo de teólogo de Mon- «señor. El otro misionero, ó sea el P. Queralt, enseña gramática y «retórica ; y como posee con perfeccion la lengua del país, se dedica «tambien á predicar y confesar.

«Syra es una poblacion que no tiene ningun pueblo en los alrededores, y es habitada por unos cuatro mil católicos ; está enteramente separada de la pequeña poblacion construida recientemente «á la orilla del mar por los griegos cismáticos, y que lleva el nombre de Hermópolis. La isla de Tine puede tener sobre ocho mil «católicos diseminados en los diferentes villorrios, sin que la mayor

«parte de ellos estén confundidos con los cismáticos : se compone su «residencia de tres misioneros (de cuyo número soy yo) y de dos «hermanos coadjutores. El P. Kuzyrski, que no puede á causa de «su mucha edad aprender el idioma, dice solamente misa y cuida «de la casa en nuestra ausencia. El P. Osmolowski predica y confiesa en nuestra iglesia, siendo por lo regular esta su única ocupacion ; solo de vez en cuando hace algunas excursiones por los pueblos vecinos. En cuanto á mí no tengo destino fijo ; mi principal «objeto es no obstante recorrer las poblaciones de la isla y las diferentes diócesis del Archipiélago para predicar y dirigir los ejercicios espirituales ; á veces se me invita tambien á pasar á Esmirna «ó Constantinopla con el propio objeto.

«La mas peligrosa de todas mis misiones fue la que hice cuando «la sublevacion de los griegos en Constantinopla : en la primera crisis de esta revolucion viéronse infestados todos los caminos de bandadas de infieles que sembraban por doquiera el espanto y la muerte, por cumplir con las sangrientas órdenes del Sultan, las cuales «ejecutaban con una crueldad inaudita. Mientras que corría dia y «noche la sangre de tantos infortunados griegos, no dejaban nosotros buenos católicos de acudir valerosamente en pleno dia á los «ejercicios de la mision. No solamente llenaron la iglesia durante «aquellos ocho dias, si que tambien todas las veces que prediqué en «los tres meses que estuve entre ellos. Mucho tiempo antes de anochecer, se reunia ya una multitud de fieles al rededor del tribunal «de la penitencia para hacer sus confesiones generales, sin que ocurriera nunca el menor accidente desagradable, merced á los tiernos «cuidados de la Providencia y á la proteccion especial de la santísima Virgen.

«Deseais saber, mi reverendo Padre, si son abundantes los frutos «que recogemos de nuestros trabajos apostólicos. ¡ Ah ! os lo confieso con el mayor dolor : desde aquella desgraciada revolucion nuestras pobres misiones van perdiendo cada dia, á causa de los vicios «sin número que se han introducido en ellas, y sobre todo á causa «de la incredulidad. Nos vemos obligados á trabajar mucho, á sufrir extraordinariamente, no diré ya para extender y aumentar la «piedad, sino para conservar tan solo lo que queda aun de religion «en el corazon de los fieles, resto precioso que con dolor vemos disminuir cada dia.»

En Scutari se complica cada vez mas la situacion precaria de los

Jesuitas pedidos por el Obispo, á causa de las vejaciones que deben sufrir, inventadas por el fanatismo musulman; si bien tienen el apoyo de los cónsules europeos, no pueden sin embargo los Padres sustraerse enteramente á la sórdida avaricia de los bajaes y cadis. En Siria, donde está mas en auge el movimiento católico, pueden los hijos de san Ignacio, bajo la inspiracion del P. Maximiliano-Ryllo, servir mas libremente la causa de Dios y de la independenciam religiosa. Los PP. Planchet, Soregna, Vatout y d'Houtant en Beyruth; Riccadonna en Zahlet; Esteve en Bifkaia, y Canuti y Obrompalski en Ghazir, tratan de empezar de nuevo las grandes misiones de otros tiempos. En 28 de marzo de 1844 escribió Planchet al Padre Maillard lo siguiente: «Vosotros sois perseguidos; nosotros lo somos tambien, pero solo lo serémos mientras Dios quiera; ya sabeis que una parte de nuestra obra consiste en sufrir la persecucion, y que no es por cierto la parte menos gloriosa. Nuestros padres, que trabajaron en otro tiempo en este país que habitamos, fueron tambien perseguidos, sin que por ello dejaran de hacer grandes cosas en honra y gloria de Dios, por lo que viven aun sus nombres rodeados del amor y gratitud de los pueblos.»

Aquellos pueblos tan pronto sedentarios y agrícolas, como errantes y pastores, forman otras tantas razas variadas que se connaturalizan en aquella extraña patria sin mezclarse entre sí: en estado permanente de guerra unos contra otros, sobreviven á las vicisitudes que engendra su natural turbulencia. Hay entre ellos griegos cismáticos, enemigos eternos de la unidad, siempre divididos entre sí, pero que se reunen siempre contra Roma; árabes conquistadores, con los drusos, su feroz posteridad; armenios, curdos, greco-latinos y maronitas, que quince siglos há permanecen fieles á la madre comun de las Iglesias. El sable del otomano domina todas esas tribus diezmadas por periódicas ejecuciones y por crueles exacciones de su bárbaro dueño que solo puede reinar alentando en ellas las discordias intestinas y pasando á cuchillo las poblaciones que quiere debilitar ó devastar.

En ese país en que se disputan ahora tan graves intereses, en medio de las cuestiones políticas evocadas por el estado incierto de Oriente y por la prevista caída del Islamismo, ejercen los Jesuitas una grande influencia. No hay duda que sufren con los cristianos á quienes alientan, y que tienen necesidad del apoyo de las potencias; pero dia vendrá, á no tardar, en que estas se felicitarán de habér-

selo acordado. Así lo ha comprendido tambien la Inglaterra; por esto se la ha visto ofrecer su protectorado á los Jesuitas de Siria. La Francia en los siglos pasados cubria á los Jesuitas con su poderoso escudo; pero aunque no sea al presente esta proteccion tan directa, no han dejado de permanecer fieles á las tradiciones de la Orden. El Austria y la Cerdeña les hacen tambien proposiciones ventajosas, aunque los Padres franceses vuelven siempre sin cesar los ojos á la patria, porque les es harto difícil privarla del ascendiente moral que debe ejercer en aquellas riberas y montañas; mas de una vez con este motivo ha tenido Mr. Guizot, ex-ministro de Negocios extranjeros, ocasion de aplaudir aquel sentimiento nacional.

Ya en otro tiempo fue tambien la Compañía la que introdujo la fe en los diversos continentes indios; la que sucesivamente creó las numerosas comuniones cristianas diseminadas desde el cabo Comorin hasta el Tibet. La sangre y los sudores de aquellos misioneros regaron las inmensas playas donde se halla impresa todavia la inmortal huella de Francisco Javier. En 1833 fue confiada la mision de Calcuta á los Jesuitas por el Soberano Pontifice, para cuyo punto partió antes Saint-Leger, antiguo provincial de Irlanda, acompañado de otros cuatro Padres.

Es Calcuta la capital del Indostan, el centro de la autoridad británica y de todas las transacciones políticas ó comerciales: su inmensa poblacion se compone de ingleses y armenios, portugueses é indigenas. Todos los cultos tienen allí sus templos y representantes; Moisés y Mahoma, el cisma griego y la idolatría, Lutero y Calvino, formando entre todos un verdadero caos de sinagogas y pagodas, iglesias y universidades. Unos se procuran prosélitos, al paso que otros, arrastrados por el placer ó por los negocios, se encierran en una negacion absoluta de todo principio y de toda religion. En medio de aquel inmenso bazar abierto por la libertad á las sectas mas opuestas, existen ocho mil católicos en la miseria y en la abyeccion, privados de todo medio de instruirse y abandonados á toda clase de seduccion: tales son los restos de aquella comunion cristiana de cuarenta mil fieles que legaron los Jesuitas á la unidad. Hay algunos de entre ellos que recibieron el carácter sacerdotal, pero que por su ignorancia y negligencia ó por sus vicios han contribuido mas poderosamente que los esfuerzos mismos de los Protestantes á la ruina de aquella Iglesia. Engañados por sus pastores, dirígense los cristianos al Padre comun, manifiéstalle su justo dolor, y le suplican